

# **La adoración eucarística en la Encíclica «ECCLESIA DE EUCHARISTIA»**

Hna. Concepción González Rodríguez, -Consejera-

La encíclica "Ecclesia de Eucharistia", que hace el n. 14 de las encíclicas del siervo de Dios Juan Pablo II, seguramente ha sido uno de los documentos más pensados, deseados, soñados por el santo Padre. Sabemos, en efecto, como él ha aprovechado todas las ocasiones que se le han presentado para manifestar su amor a la Eucaristía y la preocupación porque este amor encienda, prenda en el corazón de todos los cristianos.

Antes de referirnos al tema de la adoración eucarística en su última encíclica, quisiera recordar algunas palabras de Juan Pablo II en la Carta Apostólica *domicae cenae*, dirigida a los obispos y sacerdotes, con ocasión del jueves santo de 1980, casi recién estrenado su pontificado.

En ella, ya nos ofrecía el Papa una presentación profunda del culto a la Eucaristía, como culto trinitario "al Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo"; culto nacido de y en la celebración eucarística: "Dicho culto acompaña y se enraíza ante todo en la celebración de la liturgia eucarística" (n. 3), "el culto eucarístico, tanto en la celebración de la Misa como en lo referente al Santísimo Sacramento, es como una corriente vivificante que une el sacerdocio ministerial y el sacerdocio común de los fieles" (n. 2).

La Carta subraya también otros aspectos de carácter teológico y espiritual; insiste repetidamente, dirigiéndose, como a destinatarios que son de la Carta, a obispos y sacerdotes, para que "no escatimen tiempo para ir a encontrar a Jesús en este Sacramento del amor en la adoración, en la contemplación de fe". Y repite con fuerza: ¡No cese nunca nuestra adoración!"

Leyendo la Carta, creo que a todos nosotros, especialmente sensibles al tema de la adoración eucarística, nos ha tocado el corazón, entre otras expresiones, la petición de perdón que hacía Juan Pablo II, en nombre propio y en el de todos los hermanos en el episcopado, "por todo lo que, por el motivo que sea y por cualquier debilidad humana, impaciencia, negligencia, en virtud también de la aplicación a veces parcial, unilateral y errónea de las normas del Concilio Vaticano II, pueda haber causado escándalo y malestar acerca de la interpretación de la doctrina y veneración debida a este gran Sacramento".

Concluye este número 12, al final ya de la Carta, con una súplica al Señor: "Pido al Señor Jesús para que en el futuro se evite, en nuestro modo de tratar este sagrado Misterio, lo que puede, de alguna manera, debilitar o desorientar el sentido de reverencia y amor en nuestros fieles".

Y termina expresando el deseo de que "Cristo mismo nos ayude a continuar por el camino de la verdadera renovación hacia aquella plenitud de vida y culto eucarístico, a través del cual se construye la Iglesia en esa unidad que ella misma ya posee y que desea poder realizar aún más para gloria del Dios vivo y para la salvación de todos los hombres" (n. 12). No se trata de un culto cualquiera, sino de "plenitud de culto eucarístico" que construye la Iglesia en la unidad. Culto auténtico "en el Espíritu y la Verdad".

\$\$%\$%\$%\$%\$%

Me parece que estas breves alusiones a la Carta de 1980 pueden constituir una buena presentación para introducirnos en el tema de la adoración eucarística en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*.

No sé si es atrevimiento por mi parte el afirmar que veo la trayectoria de la vida y del largo y jubilar pontificado de Juan Pablo II entre estos dos documentos, que dan un intenso color "eucarístico" a su magisterio, a su vida personal, al testimonio y herencia para toda la Iglesia, para todos nosotros.

Vamos a la encíclica.

Destaca, sin duda, entre todas sus características, el amor del Siervo de Dios a la santísima Eucaristía y el deseo de dar testimonio de este mismo amor, incluso con toques autobiográficos, que a veces conmueven y nos hacen sentir al anciano y venerable Juan Pablo II muy cercano, casi como "un padre" que quiere que sus hijos sientan, escuchen los latidos más íntimos de su corazón.

Ya en la introducción, hablando de las luces de la reforma litúrgica y de las "grandes ventajas, que de ella han brotado, para una participación más consciente, activa y fructuosa de los fieles en el santo Sacrificio del altar", el Papa subrayaba también "la importancia destacada de la adoración al santísimo Sacramento en muchos lugares" donde se convierte "en fuente inagotable de santidad".

Sin embargo, en este mismo número 10, aparece ya una primera sombra con relación a la vida eucarística. Como primera subraya precisamente la relativa a la adoración: "hay sitios donde se constata un abandono casi total del culto de adoración eucarística". Vuelve aquí –y se percibe– la tristeza y preocupación con la que el Papa se había expresado en el n. 12 de la Carta Dominicae cenae, preocupación que además asomaba también en varios momentos a lo largo de la encíclica, cuando el Papa habla de los distintos aspectos de la práctica y vida eucarística en la Iglesia: la eclesialidad, la apostolicidad, el ecumenismo, el arte, etc.

Y pasamos al n. 25, dedicado todo él al culto a la Eucaristía fuera de la Misa.

Se abre con una afirmación que muestra la importancia que tiene para la Iglesia este culto de adoración: "El culto que se da a la Eucaristía fuera de la Misa es de un valor inestimable para la vida de la Iglesia".

Otra afirmación, que enlaza con lo que hemos escuchado en la Carta de 1980 y con la doctrina teológica de los documentos eucarísticos del Magisterio del postconcilio y de otros. "Dicho culto está estrechamente unido a la celebración del Sacrificio eucarístico". Y esto, porque "la presencia de Cristo bajo las sagradas especies que se conservan después de la Misa deriva de la celebración del Sacrificio y tiende a la comunión sacramental y espiritual" (Ritual de la sagrada comunión y del Culto a la Eucaristía fuera de la Misa, n. 80).

De estos principios, el Papa sacaba una consecuencia, refiriéndose en particular a los Pastores de la Iglesia: el deber de "animar, incluso con el testimonio personal, el culto eucarístico". Y aquí especifica lo que entiende en particular por este "culto de adoración": no sólo, pienso, la oración silenciosa ante el sagrario, sino de manera especial "la exposición del Santísimo Sacramento y la adoración de Cristo presente bajo las especies eucarísticas"...

Reaparece el carácter testimonial con acentos y una llamada a la intimidad de relación con Jesús Eucaristía: "Es hermoso estar con él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto, palpar el amor infinito de su corazón. ¡Cuántas veces he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza y consuelo y apoyo!"

La experiencia de "estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento".

El Papa Juan Pablo II siempre, pero especialmente en los últimos años, y concretamente de manera particular en la Carta Apostólica programática para El nuevo Milenio, ha insistido

sobre la necesidad de poseer "el arte de la oración" como característica del cristiano (cf. NMI, n. 32). Nos lo recordó una y más veces en esta Carta programática para el tercer milenio, lo sigue recordando ahora en la encíclica sobre la Eucaristía y lo hace precisamente presentando la adoración eucarística, esa conversación espiritual, esa oración silenciosa ante el Sacramento del amor, como medio eficaz para adquirir ese "arte" que ha de distinguir el cristianismo en nuestro tiempo.

El testimonio del Papa es claro. Todos nosotros podemos quizás humildemente confesar con humilde sencillez la experiencia de que esos "largos ratos" ante el Señor expuesto en el altar ciertamente han sido momentos ricos de consuelo, apoyo y fuerza. "En la fuerza de aquel Pan", Pan sagrado convertido por las palabras del Señor y el poder del Espíritu Santo en Cuerpo y Sangre de Cristo, animados y confortados por esos "largos ratos" de adoración, también nosotros podemos subir al "monte del Señor", al Horeb de la voluntad del Padre. Cada día.

Llegado a este punto, Juan Pablo II cita, además de su experiencia personal, la de "numerosos Santos que nos han dado ejemplo de esta práctica", en particular la de san Alfonso María de Liguori, que consideraba la adoración a "Jesús sacramentado como la primera" entre las prácticas y devociones, "la más apreciada por Dios y la más útil para nosotros, después de los sacramentos".

Juan Pablo II insistió sobre "el arte de la oración", y casi aún más sobre la contemplación del rostro de Cristo. Lo reconoce él mismo en este número 25 de la encíclica: "Una comunidad cristiana que quiera ser más capaz de contemplar el rostro de Cristo, en el espíritu que he sugerido en las Cartas apostólicas "El Nuevo Milenio" y "el Rosario de la Virgen María ", ha de desarrollar también este aspecto del culto eucarístico".

Importante: contemplando este "rostro" divino, el "rostro eucarístico" de Cristo, el Papa ha querido con la encíclica Ecclesia de Eucharistía "señalar con nueva fuerza a la Iglesia la centralidad de la Eucaristía. De ella, en efecto, vive la Iglesia " (n. 7).

Otro principio importante de catequesis eucarística, al que se refiere el Papa en este número es el que ha sido recordado por la instrucción Eucharisticum Mysterium: la necesidad de comprender y presentar el misterio eucarístico "en toda su amplitud": como celebración del memorial del Señor y como culto a las sagradas especies que se conservan después de la celebración "para prolongar la gracia del Sacrificio". "El Misterio eucarístico: Sacrificio, presencia, banquete" (Eucharisticum mysterium, n. 61). Dice Juan Pablo II: " La Eucaristía es un tesoro inestimable; no sólo su celebración, sino también estar ante ella fuera de la Misa, nos da la posibilidad de llegar al manantial mismo de la gracia".

Cito sólo algunas expresiones que se encuentran a lo largo de la encíclica: subrayan la grandeza y plenitud de la Eucaristía, y podrían constituir, entre otros, temas de reflexión y estudio:

La Eucaristía,

*«fuente y cumbre de toda la evangelización,»*

*«tesoro inestimable, manantial de la gracia,»*

*«don demasiado grande para admitir ambigüedades y reducciones,»*

*«culminación de todos los sacramentos,»*

*«suprema manifestación sacramental de la comunión en la Iglesia,»*

*«tesoro demasiado grande y precioso como para arriesgarse a que se empobrezca o hipoteque por experimentos...;»*

*«tesoro que no consiente reducciones ni instrumentalizaciones.. »*